

MIS ÚLTIMOS RECUERDOS DE FRANCISCO ESPÍNOLA

Ricardo Pallares

Uno de ellos pertenece a 1971 y se sitúa en la sede de la Facultad de Humanidades en alguno de sus patios abiertos o corredores en balconada, donde varios estudiantes, oyentes y colaboradores, solían dialogar con los docentes en ruedas espontáneas toda vez que se encontraban con ellos.

En aquella oportunidad lo consulté en nombre del equipo del Departamento de Literatura Uruguaya sobre la iniciativa que propiciábamos de darle el nombre *Esther de Cáceres* a una calle de Montevideo.

Espínola recibió con alegría la noticia y dio su fervoroso asentimiento. Pero en sus palabras apareció enseguida un tono enlutado y grave que acompañó las muestras del pesar que lo embargaba por el fallecimiento de la poeta en España y el demorado retorno de sus restos para recibir sepultura uruguaya.

-“¡Pobre Esther!” fue todo el comentario que hizo, casi balbuceado, con el mentón sobre el pecho, mientras armaba un cigarro con hojilla de papel Jaramago. Luego nos encaminamos hacia la puerta principal del viejo edificio de las calles Juan Lindolfo Cuestas y Cerrito, en cuya arcada siguió la conversación pues se pretendía, además, saber su opinión acerca del ofrecimiento de las autoridades correspondientes de otorgar aquel nombre a una de las calles que dan a la plazuela Parra del Riego, con quien la escritora tuvo afinidad y amistad.

-“Ah, ¡qué bien! Me parece muy bien. Si no, mire, yo creo que podría ser alguna de las calles próximas a la casona de Carlos Vaz Ferreira, cerca de El Prado, porque a Esther le gustaban mucho aquella casa y la vegetación de su jardín y porque tenía gran amistad con él. Estaría más que justificado.”

Al despedirnos dijo con una voz llena de ternura mientras me miraba fijamente con sus pequeños ojos oscuros capaces de infrecuente vivacidad y penetración: -“Bueno... y muchas gracias por la fineza que tuvieron al consultarme. No era necesario.”

Otro recuerdo se sitúa en casa del profesor Alcides Giraldi, quien, una noche de diciembre de 1972, había invitado al grupo del mencionado Departamento, a Francisco Espínola -que llegó un poco tarde en compañía

de su esposa-, a Jorge Arbeleche, Roberto de Espada, Roger Mirza, Carlos Denis Molina y a otros escritores e intelectuales. Era una de las reuniones que con generosa frecuencia él y su familia brindaban a los amigos. Norah Giraldi con su duende y ternura prodigaba atenciones.

La entrada de Espínola bastó para que se gestara un centro de atención alrededor de su persona, tal como siempre ocurría, seguramente por la fuerza irrefrenable de su magia.

Fino y sensible, sabía muy bien cómo no opacar a nadie ni disputar posiciones, merecimientos ni valores, de manera que la espontaneidad no desapareció.

Con traje negro, camisa blanca, corbata oscura, alto, delgado, con cabello lacio y negro bien peinado hacia atrás, fumaba en boquilla un cigarro armado mientras sus gestos y ademanes se repartían por igual ya para reafirmar una expresión, ya para compensar a una de las manos ocupada con la copa generosa o con la tabaquera de cuero oscuro y cierre metálico.

Sus anteojos tenían cristales gruesos y redondos en aros de carey, los usaba un poco caídos sobre la nariz aguileña y daban un aire especial a su figura algo encorvada. El labio inferior grueso, caído, oscuro como su tez, era el adecuado complemento en un mentón prominente que los años iban afilando y aproximaban al pecho.

Espínola, con su voz grave de variadas resonancias, solía hablar como si estuviera ensimismado, con el mentón casi apoyado en el tórax, más cuando el tema era serio, como el de aquella noche. Entonces era un hombre que hablaba desde el corazón y con la boca puesta muy cerca del corazón.

Amén de los anteojos y el cabello lacio y hacia atrás, lo singular del rostro casi lampiño era la inquietud y vivacidad de sus visajes.

Algunos timbres metálicos de su voz, los tonos profundos, los matices e inflexiones, las resonancias nasales, sus ligeros arrastres guturales, su capacidad para manejar el ritmo de la dicción, concitaban una escucha atenta que él mismo alternaba reclamando opiniones, pareceres, propiciando al diálogo y la interacción.

De modo que, siguiendo al granadino, el suyo era un vivo perfil que nunca se va a repetir. Se sumaba su honda calidez humana comunicada por la palabra dicha y una profunda espiritualización de los valores.

Siempre que era posible los refería a los grandes clásicos de la literatura, a los que calificaba de “imponentes”, sin que ello supusiera ajustarse a un canon particular ni proclamarlo.

Ese aspecto universalista se conjugaba con su humanidad vinculada en ciertos rasgos con nuestra idiosincrasia. Pero en él lo local o criollo excedía la circunstancia por una reflexión acerca de paradigmas reconocibles más allá de algunas criaturas de ficción y de atadura campesina o pueblera, tal como se aprecia en su obra narrativa, especialmente cuentística.

Por esa razón lo folclórico, que a veces subyacía o modelizaba algunos ademanes narrativos, se alojaba en lo anecdótico. El punto de vista suponía siempre una voluntad creadora de naturaleza artística. (El mejor ejemplo sería *Don Juan, el Zorro*).

Aquella noche de diciembre de 1972, todos estábamos sacudidos por una noticia: se había encontrado finalmente, tras angustiosa búsqueda, a los sobrevivientes de un grupo de uruguayos víctimas de un accidente aéreo ocurrido hacía más de dos meses en la cordillera de los Andes, contra un pico nevado, en medio de la grandiosidad y el aislamiento, próximo a la frontera argentino-chilena.

Espínola también comentó con desazón la tragedia ocurrida que incluía, según su modo de ver y sentir, la forma que habían encontrado para sobrevivir. –“*Les ha ocurrido lo peor -decía-, por eso debemos tener mucha consideración, ser muy comprensivos, pero también tenemos que saber que de algún modo ha triunfado el egoísmo, allá en lo más alto del mundo, como si fuera un símbolo de cosas que pueden venir u ocurrir... ¿Cómo se puede invocar como justificación la palabra simbólica de Jesús? En esto otro no está la comunión*”.

Hubo muchos pareceres, casi todos coincidentes, hubo muchas pausas y silencios. Entonces, como movido por la necesidad de cambiar de tema y encontrar un momento de distensión ante lo irremediable, Espínola lanzó un reto al grupo del Departamento.

No obstante lo genérico de su planteo, el destinatario último era el otro Maestro presente: Roberto Ibáñez.

-“*Linda cosa para que la investiguen si no la saben. Vamos a ver si alguien de Uds. sabe quién fue el más grande poeta uruguayo del siglo XIX anterior a todos esos conocidos por Uds?*”

En el intercambio de comentarios y conjeturas -todos opinamos-, Ibáñez con su intervención fue categórico:

-“*Sin ser los conocidos, no pudo haber ninguno. Imposible.*”

Espínola libró su imaginación mientras daba vida al presunto poeta. Inició una narración oral cuyo escenario era la casa paterna y uno de los personajes nombrados una vieja de color que lo había criado. (La noble Basilia de *Sombras sobre la tierra*).

-Por aquellos tiempos había llegado a las casas un linyera, conocido en los pagos del alrededor, que hizo fuego aparte. Llevaba consigo una gran bolsa con tarros vacíos, encendía el cigarro al sol, con una lente de aumento y era especialista en escudriñar los claros del cielo cuando estaba nublado.

Poco después llegó un jinete preguntando por el dueño de casa -que estaba ausente- de quien dijo ser entrañable, razón por la cual resolvió tomar hospedaje para esperarlo por asuntos de mutuo interés y desensilló al caballo. Era chiquito, canoso, muy corto de vista, tanto que se llevó por delante un arbusto espinoso de flores blancas.

El capitán Díaz -que así se llamaba el visitante- no hizo liga con el linyera. A la hora de comer, el capitán, sentado en la cabecera y el otro, en cuclillas cerca de su fuego, se lanzaban sendas miradas de resquemor sin que hasta entonces hubieran cambiado palabra.

El linyera, comedido, hizo una anécdota que dejó trémula a la morena vieja, pues era de espíritu muy impresionable. Era mujer de la casa que de todo se ocupaba.

Pero la verdadera intención de quien por primera vez hablaba algo de corrido, fue la de hacerle contrapunto al capitán, que desde su llegada se reveló como conversador y venía presumiendo de hombre culto.

Luego de una pausa, el linyera empezó a hablar de su abuelo, a quien describió y calificó de hombre letrado ya que se carteaba -dijo- con todos los grandes escritores europeos de la época. Afirmó que para las respuestas epistolares manejaba abultados diccionarios de variadas lenguas vivas y muertas.

El capitán Díaz pareció rendido por la fascinación e hizo una pregunta que el linyera respondió -como prueba irrefutable de la cultura de su antecesor- diciendo que el abuelo suyo tenía un niño a su disposición y a sus órdenes, encargado de llevar y traer tantos diccionarios, toda vez que fuera reclamado.

Agregó serenamente que el abuelo escribía en caracteres griegos y latinos, mayúsculos y minúsculos, del derecho y del revés y, si era necesario, de abajo hacia arriba y hasta con la cabeza vuelta para atrás.

Lo cierto es que el capitán quedó en silencio por algunas horas, ensimismado, sismando.

A la manera de glosa, Espínola comentó:

-“Tremenda cultura en un hombre del siglo pasado y si se carteaba con los maestros europeos, no pudo ser más que un gran poeta. Busquen Uds., los del equipo de Literatura Uruguaya, quién pudo ser ese grande.”

El silencio se instaló ahora en casa de don Alcides Giraldi, quien celebraba con una sonrisa casi continua toda la picardía de Espínola y la situación creada, que era verdaderamente disfrutable.

Roberto Ibáñez asumió el reto afirmando:

-*“Paco: dime tú un solo verso de ese poeta y te diré si existió y si valía.”*

A la sazón todos los otros presentes nos habíamos replegado en más silencio y aguardábamos resultados.

Espínola, con la agilidad propia de un juego, aumentó el desconcierto de quienes rodeábamos la escena cuando aclaró:

-*“Lo único que te puedo decir es su nombre, que lo recuerdo desde niño”*, y luego de una pausa de estrategia prolongada pronunció un apellido de resonancias hispanas que resultó ininteligible porque lo dijo entre dientes.

La tertulia dio la solución por buena ya que celebró el final tan bien “escrito” en el aire de la oralidad.

Luego giró rápidamente hacia el otro tema y lo siguió como si no hubiera habido interrupción. Los comentarios eran alrededor de la conferencia de prensa que habían brindado algunos compatriotas sobrevivientes y otros familiares y allegados, sobre algunos de los planteos justificando los extremos o sobre el recibimiento que se había organizado como si fueran héroes de otro tipo.

Espínola bebía y bregaba por canalizar las conversaciones dolorosas. Por momentos quedaba en silencio, por momentos asentía, pero era evidente que estaba conmovido en su intimidad, en su fe religiosa, y que lo más duro para su alma había sido la invocación al Evangelio y a cierta actualización de su sentido, hecha durante la conferencia mencionada.

-*“No, no, pare un poquito. Escuche: mejor digamos pobrecitos, por todo lo que han tenido que sufrir”* -se le oía decir reiteradamente a Espínola-.

En determinado momento agregó: -*“Tengamos en cuenta que en todo hay mucha violencia simbólica y real como la del deporte que practicaban, el hecho de que iban a competir, las exigencias y finalmente el accidente con toda su violenta catástrofe. ¿Y dónde caen? En los Andes nevados caen, donde solo puede sobrevivir el más fuerte. Solo fuerza y más fuerza. ¡Qué barbaridad! Allí hay que sobrevivir y el fuerte gana al débil. Yo no puedo decir que soy mejor pero sí sé que fui educado para otra cosa, como todos Uds. fueron educados para otra cosa. Esto es el triunfo del egoísmo, al que se lo pone en lo más alto del mundo. Yo,*

que llegué al comunismo a través del Evangelio, les puedo decir que es una tragedia. Por eso estoy tan triste”.

Finalmente todos quedamos en un gran silencio. Bebíamos vino amable.

El siguiente encuentro fue el tres de abril de 1973, por la tarde, en el pórtico principal del Cementerio del Buceo.

Ese día estaba previsto por los amigos y admiradores de Sara de Ibáñez un homenaje recordatorio con motivo del segundo aniversario de su muerte.

Espínola esperaba recostado en una pared del inmenso pórtico que ofrecía algún reparo del viento helado. Había sido el primero en llegar. Estaba cabizbajo. Luego de saludarlo, iniciamos un diálogo que continuó cuando nos encaminamos hacia el lugar indicado. A veces lo interrumpía la tos, ruidosa, corta. Recordaba versos que repetía pues le suscitaban hondas emociones (“Hoy que todo comienza/ para no acabar nunca,/ y un latido compacto/ cielos y tierra junta.”, o “Este libro que es diario de la muerte/ es diario de la vida en que se mide/ con polvo de alas y con sangre en vuelo/ la linde sin razón que las divide”, de *Canto póstumo*).

Asimismo recordó con elogios la fina disposición de la poeta para los asuntos de la casa, su capacidad para dotar de encantos a la cotidianidad.

Elogiaba el prólogo del libro citado por su fuerza para denotar la poesía que presentaba; comentábamos la belleza del lenguaje y de las formas en la obra de Sara.

El frío era muy intenso, el sobretodo negro de Espínola era incapaz de brindar -como cualquier otro- la protección que hubiera sido necesaria en aquella tarde gris e inclemente.

Pero permanecimos junto a la tumba, revestida con granito rojo pulido, mientras se cumplió el recordatorio que contó con palabras de Sylvia Lago, Jorge Arbeleche y quien escribe. Al término, Espínola, apersonándose, haciendo esfuerzos para superar la congoja, luego de saludar a la familia, elogió los discursos y propuso publicar alguno de ellos, al menos, en la prensa capitalina, para lo cual proponía y recordaba en voz baja nombres de secretarios de redacción o encargados de páginas literarias, ofrecía su apoyo y gestión.

Nos despedimos en el mismo portal sobre la Av. Gral. Rivera.

Unos pocos meses después supe que estaba internado en el sanatorio de la avenida 8 de Octubre esquina Agustín Abreu.

Allí lo fui a ver. Ocupaba una habitación individual y al verme se incorporó con alegría para saludar afectuosamente. Su tos era pertinaz.

Se fatigaba al hablar. Fue su esposa quien me dijo el parecer del médico y las recomendaciones. Entre ellas estaba la de no fumar, pero, no obstante, Don Paco se incorporó lo necesario para armar un cigarro de tabaco negro que extrajo de la conocida tabaquera y encenderlo valiéndose de un yesquero que tenía sobre la mesita. Pidió que le abrieran un poco la ventana. Su ánimo era muy bueno, su afán comunicativo era el de siempre. Ahora movido por el simple hecho de una visita.

Le conté que el director del Departamento había resuelto estudiar su obra narrativa durante el segundo semestre del año lectivo que corría y que los colaboradores teníamos el proyecto de incluir un coloquio con él acerca de algunos textos y rasgos de estilo y composición que nos interesaban vivamente.

Su sencilla alegría fue enorme, tanta como la sinceridad del agradecimiento que extendía a todos. Con entusiasmo comentó que, como había hecho nuevas correcciones en varios textos, los enviaría al Departamento.

Seguidamente se reincorporó en procura de una hojita de papel que tenía sobre la mesa y, extendiéndomela, dijo: -“Le pido un favor, hágasela llegar a Roberto. Escribí unos comentarios sobre el fragmento de su prólogo, que publicó la última Marcha, que me ha provocado una honda impresión.”

-“No sé por qué me trajo a la memoria algunos versos de los poetas metafísicos ingleses que de muchacho me provocaron deseos de saber más inglés que Shakespeare para poder disfrutarlos más.”

Por la ventana solo se veía un fragmento de cielo, sin entorno ni horizonte, sin copas de árboles o alguna otra referencia. Espínola lo miraba reiteradamente, se quedaba pensando. De pronto preguntaba cómo estaba afuera. Sin esperar se daba la respuesta: -“Frío, frío. Está muy frío. Eso me dicen, solo que aquí la calefacción -que es tan rabiosa- me hace olvidarlo.”

Me despedí. Por el corredor de salida, la esposa me comentó su temor de que Paco volviera a fumar sin control una vez que el médico le diera el alta, que ya le había anunciado, pues consideraba que estaría mejor en su casa.

Recordó que el diagnóstico de los médicos parisinos que lo habían atendido unos cuantos años atrás se había acompañado de la prohibición de fumar. No obstante, Espínola resistía firmemente el pedido de los suyos y de sus amigos de que cumpliera con lo indicado. Oponía una especie de teoría según la cual el cigarrillo era parte de su figura, a veces desarrollaba la idea de que era rasgo de la identidad, de su personalidad...

Finalmente recuerdo la noche del veintiséis de junio de este 1973. Nos dirigiáramos con Nelly de Carlos y Reina Reyes a casa de Espínola, donde se hacía el velatorio, a través de una ciudad que era cruzada en todas direcciones por comentarios, anuncios, por una inminencia y por trascendidos del ámbito parlamentario que, pocas horas después, se confirmaban con el golpe de Estado. Así amaneció el 27 de junio en Montevideo, raramente soleado y desolado.

Las portadas de los diarios anunciaban “Disuelven el Parlamento”. En algunos había transcripciones de pasajes del decreto del Poder Ejecutivo entre los que estaba el que prohibía atribuir intención dictatorial a la resolución.

Semejante violencia contra el sentido de las palabras y contra el sentido común, al término de un proceso represivo y liberticida, anunciaba cosas peores.

Otra noticia había corrido durante la noche y la madrugada en un contrapunto imposible: la muerte de Espínola, que adquirió relevancia simbólica.

Algunos matutinos pusieron su foto y una nota en la contratapa. Era una contranoticia. No podía ser de otra manera: Espínola había ayudado a construir al país que desaparecía con sus instituciones abatidas.